



Alrededor de
Luis Alberto de Cuenca

Elvira Lindo **Espido Freire** **Fanny Rubio**
Fernando Marías **Fernando Sánchez Dragó**
Juan Manuel de Prada **Lorenzo Silva**
Luis Antonio de Villena **Martín Casariego**
Rafael Reig...

(Antologado por Javier Vázquez Losada)

Neverland  Ediciones





Horas de visita

IRENE ZOE ALAMEDA

Fue un amable ritual de descanso, un receso en el palacete. Avancé los 40 pasos en forma de 7 que mediaban entre mi despacho y el suyo.

“¿Vienes a rendir pleitesía al viejo maestro? Adelante, Zoe”.

“Hola Luis Alberto. Vengo a saludarte”.

“Ay, querida amiga, nos evacuan del Centro. Regalan nuestro palacete a los diputados”.

“Y tú aún tienes las paredes llenas de pósteres. ¡Ay! Ese reloj de Tintin es una maravilla”. “Es de *El Tesoro de Rackham el Rojo*. Me lo ha regalado Alicia, mi mujer. Nunca me has dicho cuál es tu cuento favorito, no de Tintin, en general”.

“Precisamente, Alicia”.

“Una escritora como tú habrá leído, sin duda, los cuentos de Madame Leprince de Beaumont”.

“No, no... No los he leído”.

“Madame Leprince es una escritora interesante. Sobre su versión de *La bella y la bestia*, alguien dijo que empieza donde acaban los demás cuentos. Está en *Magasin des Enfants*”. “Tomo nota”.

“Lees en francés, claro”.

“No”.

“Es que tú eres joven. A mí me enseñaron francés. Tú eres más anglosajona. Y germanófila. Habrás tenido el inmenso placer de leer a Wilhelm Hauff en alemán”.

“No. Pero lo anoto y lo haré enseguida”.

“¡Qué suerte tienes de no haberlo leído! Así puedes disfrutarlo. Ese es un placer que yo ya he consumido. Te gustarán sus cuentos. Tiene grandes cuentos de terror”.

“Anotado”.

“Bien”.

“A ti te gusta la literatura gótica, ¿verdad?”.

“Sí, pero no tanto como a ti, me temo”.

“A mí me encanta. Has leído a Mary Shelley, claro”.

“Claro”.

“Te gustará leer *El vampiro*, de Polidori. Polidori era el médico que acompañaba a Byron y a los Shelley. Se suicidó joven, el pobre”.

(Su aspiración casi desvanecida, como un suspiro aspirado).

“¿Qué estás leyendo estos días, Zoe?”.

“A Alkman, un poeta grieg...”.

“Espartano. Yo lo he traducido. ¿Qué es exactamente lo que te gusta de Alkman?”.

“Que sabe que la retórica es el instrumento al servicio de lo ilógico”.

“Eso es lo que saben los poetas”.

“Lo que sabéis los poetas”.

(De nuevo, su aspiración casi desvanecida, como un suspiro aspirado). Proseguí:

“También le doy vueltas a un texto de Anne Carson que me ha llevado a Virginia Woolf; y esta me ha conducido a Leopardi. Son variaciones sobre el infinito y el centro, que se desmorona y cae-cae, con él, todo”.

“*E il naufragar m'è dolce in questo mare*. Leopardi me recuerda a Dylan Thomas. ¿Qué dicen del infinito Woolf y Carson?”.

“Hablan de una muesca en la pared, y de las *off hours*. Las *off hours* son las horas de indefinición, las horas que no cuentan porque no producen, las horas que se pierden. Las que se definen por un salto entre antes y después, vacías de causa, sospechosas de ser, o de dar, un cobijo clandestino. Las horas que transcurren entre los pulsos y los dígitos de un reloj en forma de sonido o de espacio por recorrer. Son tiempo, son horas, pero dejan poco rastro y casi no se puede decir que existen”.

"Off hours. Es un buen concepto".

"Sí. Tienes que descolgar los pósteres. Te dejo para que puedas seguir recogiendo".

"No será lo mismo en el nuevo edificio, porque no me han puesto sofá ni asientos adicionales. Quieren evitar que gastemos nuestro tiempo charlando; quieren que produzcamos".

"Adiós a las off hours".

(Y la última aspiración desvanecida. El suspiro aspirado). Me despedí:

"Hasta la próxima, entonces".

"Hasta la próxima. Cuanto estemos en el nuevo edificio, envíame un SMS antes de ir a mi despacho, por si estoy fuera".